

MARIBEL MEDINA

AUTORA DE *SANGRE DE BARRO*

SANGRE
ENTRE LA
HIERBA



MAEVA

El cementerio se fue poblando de voces, algunas estruendosas, llenas de algarabía. Parecía la celebración de una boda. Al acercarse al lugar del enterramiento dejaron de hablar, como si una voz más alta se hubiera impuesto a la suya y les hubiera mandado callar. Algo les tocó en la nuca, en el corazón, en los labios. El silencio se impuso al sonido del tráfico que llegaba desde más allá de los muros. Se abalanzó sobre los presentes como un ser vivo, con piel, corazón, alma. Su aliento frío, duro, del color de la plata sucia, rozó con indiferencia las tumbas que fueron un día de mármol blanco, de carne rosada. Pese al sol radiante, no tenía sombra.

El féretro se bamboleaba debido a la diferente estatura de los porteadores. Acometió el final del trayecto con lentitud. El sol lamió el crucifijo de la tapa. Uno de los asistentes se cubrió los ojos con una mano, deslumbrado por el reflejo.

No se oía una voz, ni siquiera un murmullo entre los niños. El olor de la tierra sobre el ataúd impregnó a los presentes.

Pablo estaba pálido y se enjugaba las lágrimas con un pañuelo. Me alegró verle tan triste, me sorprendí ante ese gesto de humanidad. Me había equivocado al juzgarle: el Loco tenía corazón. Si era capaz de llorar por un perro, sin duda algún día nos liberaría. Me imaginé que esas lágrimas eran por nosotras, por todas las niñas a quienes mantenía esclavizadas.

1

En el lugar en que le conocí, ahora existe una tienda de licores. Recuerdo que había un camino en la parte trasera donde una rueda se balanceaba. El chirriar de la cadena solía tapar alguna canción de borrachos.

Nuestros juegos secretos comenzaron allí. Yo tenía trece años y él veintiocho, sin lugar a dudas una mala mano. Cuando supe que estaba embarazada, desapareció.

Ojeo el descampado. Hace años que cortaron el árbol de sombra triste. Al final tuvo suerte, ese árbol nunca quiso estar allí; parecía un emigrante melancólico trasplantado de un bonito jardín familiar, de esos con banderines de colores, pompas de jabón, música de radio y lolitas tomando el sol en un césped perfecto rodeado por una valla blanca.

Y es que la felicidad suele ser blanca.

Me siento en su tocón. Escucho el viento que sopla por el hueco. Permanezco atenta. Se escapa un silbido, imagino que busca unos labios sin dueño. Nuestras almas románticas, la del árbol y la mía, perviven y resisten. Con las uñas corto un pequeño brote que comienza a salir de un lateral.

No te engañes, ¿no ves que de nuestra infancia ya no queda nada?, me digo. Aunque sea primavera, nosotros solo somos recuerdo y viento...

Voy hasta el lugar desde donde parten los autobuses hacia el pueblo minero de La Rinconada. Pero no puedo reprimirme y antes me desvíó a la derecha.

Nuestro barrio era un paraíso de pequeñas casas construidas en ladrillo y adobe con bonitas molduras que hacían juego con las cenefas y con la chapa acanalada del tejado. Los campesinos pintaban primero los marcos; la pintura era costosa, a menudo

se terminaba y le pedían al vecino algún resto sin que les importara que fuese de otro tono. Fue así como los colores hicieron del barrio un lugar diferente, un país de las maravillas.

Veo que las hojas se acumulan en el desagüe de la calle principal.

Me dirijo a la tapia del disco-pub, a esa pared testigo de mi primer beso. El corazón invisible sigue allí. Con los dedos recorro su silueta desgastada. ¿Desde cuándo estas paredes sujetan recuerdos?, me pregunto. Yo los creía olvidados. Las casas no me engañan; bajo su superficie, enterrados por cemento y grafitis, perduran antiguos dolores.

El tiempo es un círculo de mierda: tengo cuarenta y cinco años y el corazón de tiza vuelve a palpitar.

Los vendedores de maíz tostado se amontonan alrededor del pequeño autobús que nos conducirá al escenario de mis terrores nocturnos; mientras se dispersan, trato de acomodarme con dificultad. Me rodean jaulas de gallinas y paquetes voluminosos. Una mujer con un precioso gorro y un vestido multicolor me mira con recelo desde la calle empedrada. Tiene un puesto de artesanía, ropa de alpaca y una llama para quien quiera hacerse una foto. Son las once de la mañana. Me voy de Juliaca. No la reconozco como mía. Parece un centro comercial donde se vende de todo, en especial en el gran mercado Tupac Amaru, que a estas horas está abarrotado.

Estoy a 3.850 metros de altitud. No consigo entrar en calor. Echo de menos Puno y su clima suavizado por el lago Titicaca.

Veo a unas chicas con sus libros sobre el pecho, me recuerdan a mis alumnas.

El autobús avanza por las carreteras mojadas, me gusta el chisporroteo suave contra los neumáticos. Entre las calles los pantalones bailan al viento, las cuerdas combadas resisten y me hipnotizan con su adiós.

Los paisajes del altiplano andino y las montañas circundantes me asombran. Veo grupos de alpacas, llamas y vicuñas.

Los cóndores nos sobrevuelan a menudo.

Dejamos atrás el firme para recorrer una carretera sin asfaltar llena de baches y riachuelos que la cruzan. El autobús va rápido, y las vibraciones son tan fuertes que los viajeros saltan en sus asientos y los paquetes, colocados en los portaequipajes superiores, caen con frecuencia al suelo. En poco tiempo, el interior del autobús se llena de polvo y la temperatura baja. Brilla el sol, pero conforme ascendemos el aire se enfría y enrarece. Intento leer, sin éxito.

Hacemos una breve parada en el pueblo de Putina para almorzar un plato hecho de camote relleno; a mi niña le encantaba esa verdura. Luego volvemos a partir. El autobús se tambalea en la pista polvorienta y, borracho, trepa por el borde de la montaña.

A mitad de trayecto, la altura comienza a hacer estragos. Mi corazón se acelera y me cuesta respirar. Me empieza a doler la cabeza, y se agudiza cuando, a una hora de camino de La Rinconada, aparecen los desechos mineros, los destrozos de la montaña en montículos de todos los tamaños que el aire lleva y trae por este paisaje lunar.

El polvo suelto se cuele en el minibús de pasajeros y, aunque parece herméticamente cerrado, al poco rato la nube de polvo viaja dentro. La respiración se vuelve más difícil, entrecortada; siento que no entra aire.

Intento distraerme, pero no hay nada que reconforte la vista y alivie el malestar provocado por la altura. La montaña aparece desnuda y mutilada. El agua de los riachuelos es de color café; hay pequeñas lagunas con la misma consistencia. En ese mundo arrasado veo montañas de basura: botes de plástico, sillas rotas, pilas, pañales desechables, colchones, bolsas, mierda..., todo ello rebozado en lodo. Como si toda la basura que puede producir la humanidad hubiera venido a parar aquí.

Las gráciles alpacas y llamas se recortan sobre esos montículos de basura, lodos y excrementos en busca de alimento. Ahora sus codiciadas pieles me asquean.

Comienzan a aparecer cientos de casas de calamina apelotonadas unas con otras, mal trazadas, pequeñísimas. Las planchas de zinc parecen levantadas al azar, como si el viento hubiera arrastrado unos dados grises, y estos, a su capricho, se hubieran

detenido en cualquier lugar. Y entre los pasillos por los que caminan los pobladores, más basura.

En algunas viviendas aún se ven las gotas de agua que se escurren del hielo derretido. De las diminutas casas sobresale un candado grande, grotesco, que sella cada puerta.

Hacia las tres de la tarde nos adentramos en el altiplano. A lo lejos descubro el nevado de Ananea, cuya cima es una flecha de luz en el horizonte. Pero la vista espectacular del manto blanco sobre la montaña no es suficiente para borrar la impresión nauseabunda del paisaje que la precede.

A mi alrededor grandes huecos, como si la Tierra fuera un enorme gruyer. De estas fosas se extrae el oro. Veo máquinas inmensas, excavadoras y perforadoras. A mi derecha observo un lago contaminado. Algunos pasajeros me comentan que en un tiempo sus aguas estaban limpias y llenas de peces, que el mercurio y el antimonio necesarios para la extracción del oro las volvieron insalubres.

Continuamos subiendo, y justo bajo el glaciar de Ananea está La Rinconada: el pueblo más alto del mundo.

Un letrero pequeño que apenas se alcanza a leer da la bienvenida. El pueblo, con sus cables enmarañados, sus pasillos laberínticos llenos de lodo y basura, parece una maqueta colgada de las rocas salientes del glaciar.

El autobús llega a la explanada principal. La Rinconada es un lugar irreal.

La dificultad para respirar, debida a la altura y al frío punzante, se agudiza. También lo otro, el miedo. El miedo de que no esté aquí.

Mi hija se soltó de mi mano y se deshizo sin esperanza, sin futuro. Aquella niña, que lo que mejor sabía hacer era vivir, que amaba la vida por encima de todo, que reía, que era feliz, hace tiempo que no está. El terror la rondaba y yo no lo sabía; ni siquiera lo sospechaba, ni lo imaginaba. Ella, que respiraba vida, que repartía vida, desapareció. No estaba muerta. No estaba viva. Simplemente, no estaba. Y así sigue siendo dieciséis años después.

En este lugar termina mi búsqueda.

2

—¿De verdad quieres ir a Suiza una semana? —le preguntó Thomas a su hija mientras paseaban por el muelle del río Ródano.

Tanika le miró con esos ojos negros que dominaban la mitad de su rostro.

—Claro. Así conoceré al bebé de Laura —respondió sonriendo.

—Tengo que decirte que eres una belleza muy simpática.

—¿Cómo es que tu amiga Laura ha podido tener un bebé sin novio?

Thomas carraspeó antes de responder.

—Llevaba tiempo queriendo ser mamá, y como no conocía ningún novio fue a una clínica donde le pusieron un bebé en la tripa.

—Pero tú podrías haber sido su novio...

—Cuando Laura se quedó embarazada, apenas nos conocíamos.

—Ya. Pero ¿te gustaría?

—Prefiero tenerte a ti.

Cruzaron la carretera y se dirigieron sin rumbo fijo hacia los grandes árboles del parque.

—Eres un buen papá, y serías un buen novio.

Thomas sonrió.

—Tu padre, antes de morir, dejó escrito en sus últimas voluntades que yo me hiciese cargo de ti. Solo lo vi un par de veces en Benarés. Me hizo un gran favor.

—¿Por qué crees que lo hizo?

—No tenías familia. Tu madre acababa de morir, y él temía por su vida. El pueblo al que perteneces, y sobre todo la casta

de la que provienes, los intocables, no te hubieran permitido estudiar y crecer como una niña feliz.

—Éramos muy pobres.

—Sí.

—Recuerdo que vivíamos en una tienda hecha con plásticos.

Permanecieron un rato en silencio. Tanika le dio la mano cuando llegaron al lago.

—¿Te dio miedo?

Thomas no tuvo que preguntar a qué se refería.

—Sí, mucho. Nunca pensé en ser padre.

—Pero ¿querías?

Thomas fue sincero.

—Hasta que no te conocí, no. Porque da la casualidad de que usted es una señorita muy pero que muy lista para tener solo siete años, y guapa, e inteligente. Con unos ojos inmensos y una sonrisa que brilla más que la Tête d'Or.

A lo lejos escapaban los últimos rayos de sol sobre los tejados de Lyon.

—Lupe me ha dicho que no quieres ir a baile indio, que prefieres el ballet.

—Creo que este año prefiero explorar mundos desconocidos.

—Además de intrépida, aventurera. Qué suerte la mía —dijo Thomas antes de correr hasta el puesto de helados.

—Llevas dos días con esa coleta —dijo Thomas de manera despreocupada.

—Es que no sé si te has enterado, pero he tenido un hijo —respondió Laura, molesta por lo que consideró una intromisión en su vida.

—Ya, pero ¿qué tiene que ver?

—No tienes ni idea. Si pierdo quince minutos en peinarme, es un tiempo que no puedo dedicar a descansar, tumbarme en el sofá, dormir, ducharme, comer... Y podría seguir hasta la eternidad. Tengo multitud de cosas mejores que hacer que

peinarme. Daría lo que fuera por poder dormir cinco horas seguidas. ¿Es mucho pedir?

—Nadie dijo que fuera fácil ser madre —apuntó Thomas.

—*Touché* —dijo, agotada—. Esto es una pesadilla. El niño no duerme, apenas come... Dios mío, no puedo más.

Thomas terminó de preparar el sándwich para Tanika.

—Tanika, deja el ordenador y toma la merienda.

Laura se preguntó cómo se podía haber acostumbrado tan pronto a ser padre. Agradecía que hubiera aceptado su invitación a pasar una semana en su casa, pero un nuevo sentimiento parecido a la envidia la reconcomía desde su llegada.

—¿Cuál es tu secreto?

—¿Perdona? —preguntó Thomas antes de morder su sándwich y ofrecerle otro a ella con un gesto. Laura negó con la cabeza.

—Que cuál es tu secreto. Porque tienes una vida tan perfecta, una ropa tan perfecta... Eres guapo, te mantienes en forma... ¡Seguro que tu cocina brilla como en los anuncios de la tele! —dijo antes de echarse a llorar.

Thomas la abrazó sorprendido.

—Eh, ¿qué pasa?

—Nada. Estoy triste. Me siento culpable porque estoy deseando volver a trabajar. Ahora mismo me encantaría estar en la sala de autopsias abriendo un cráneo con mi sierra eléctrica.

—Tranquila, Freddy Krueger. No veo nada malo en ello. Eres una forense magnífica.

—Me miro al espejo y me digo eso mismo, pero ya no me vale. Los días pasan sin que nada interrumpa su marcha. Después del lunes vino el martes, y luego el miércoles... Antes de que llegara el jueves dejé de mirar el calendario. Es desolador comprobar que no hay nada emocionante en mi futuro inmediato. He descubierto que el tiempo parece escurrirse de una manera más rápida si le doy la espalda y lo ignoro. Mi vida se ha convertido en una larga espera.

—Yo... no sé qué decirte.

—La maternidad no es como la esperaba. Soy una mala madre —dijo mientras se sonaba de manera aparatosa.

—Y una mierda.

Laura le miró sorprendida.

—¿Perdón?

—Que una mierda. ¿Dónde está escrito qué es ser una buena madre?

—En infinidad de libros. Si quieres te enseño todos los libros y revistas que lo explican. Los tengo desparramados por el baño, el salón, la cocina... Si vieras qué fotos de madres divinas, sonrientes, perfectamente peinadas. Todas parecen adorar ese estado.

—¿Y cuándo los lees? ¿No acabas de decirme que tu coleta es la bandera de tu lucha como madre agotada?

—Antes de que me convirtiera en una esclava-mala-madre leía.

—Muy bien, a ver esa teoría. Soy todo oídos.

—Tienes que querer a tus hijos por encima de todas las cosas, tener la casa limpia, trabajar, sin que eso implique desatender las tareas domésticas, ser sexualmente activa, cocinar unas comidas deliciosas... ¡Ah! Y saber coser, algo de jardinería, cómo quitar las peores manchas de la ropa, planchar...

—¿En serio? —la interrumpió—. ¿Tú crees que eso es ser una buena madre?

Laura asintió como una niña pequeña mientras volvía a llorar. Thomas sujetó sus brazos y le habló:

—Yo diría que una buena madre es alguien que quiere, cuida y protege a su hijo, pero que sobre todo se quiere, cuida y protege a sí misma.

—Me siento fatal. Me duelen las tetas, me pesan, parezco una vaca lechera. No hago más que beber agua y aun así no meo, estoy hinchada, mi tripa parece... —Dejó de hablar, se tapó la cara con las manos tratando de ocultar su vergüenza—... Parece una colchoneta elástica, perfecta para saltar sobre ella.

—Venga, Laura, déjalo ya. Mario pesó casi cuatro kilos, ¿dónde querías que se metiera? Ya pasará. Date tiempo. Mira, vamos a hacer una cosa: sácate la leche, ponla en un biberón y cuando se despierte nuestro llorón preferido, entre Tanika,

Lupe y yo se lo damos. Y no te preocupes –dijo levantando una mano, interrumpiéndola–: ante cualquier problema te llamamos.

Eran más de las diez de la noche cuando apareció. Iba vestida con su sempiterno chándal, pero esta vez llevaba el pelo suelto, brillante. Todavía no había perdido los kilos del embarazo, pero no lo necesitaba. Estaba guapa, pensó Thomas.

–¿Mario? –preguntó despreocupada.

–Con Lupe y Tanika. Hace una noche preciosa de verano y han aprovechado para ir a pasear. No ha habido ningún problema. ¿Y tú?

–Genial –dijo mientras alzaba los brazos para estirarse–. Qué bien que Lupe haya venido contigo.

–Me pareció lo mejor. Desde que vivo en Lyon ha sido mi asistente, y con Tanika la necesito todavía más. No tiene familia en Europa, es mayor, así que he pensado en mudarme a una casa más grande y que se instale con nosotros. ¿Qué te parece?

–Me parece que tienes mucha suerte con las mujeres que te rodean.

Thomas asintió.

–Ella está feliz y yo estoy feliz. Es la mejor solución. No puedo seguir alargando la jornada reducida por paternidad. Además, tengo que volver a viajar.

–Me la podrías prestar...

–Tendrás que mudarte a Lyon. Anda, cena algo. Ven, vamos fuera.

Encima de la mesa del jardín había una fuente con una tapa. Laura la levantó y acercó la nariz.

–¡Qué bien huele!

–Pollo a la barbacoa. George me enseñó la receta.

–Pues me la tienes que dar –dijo ella, chupándose los dedos.

–Pones en una fuente el pollo con el zumo de medio limón, sal, pimienta, orégano, albahaca, tomillo, romero y aceite de oliva, lo dejas macerar un par de horas y luego a la barbacoa.

—Tu amigo George es un gran cocinero.

—No te creas. Durante los años que trabajamos juntos en Washington solo cocinó pollo y hamburguesas. Es un pequeño desastre en la cocina. Tengo que llamarle. Llevo tiempo sin saber de él.

—Cuando lo hagas, le felicitas por la receta.

La noche era transparente y cálida. El rocío brillaba sobre la hierba con destellos de pequeños cristales, los abedules que rodeaban la fuente de la plaza de la iglesia permanecían inmóviles, como guardianes de épocas mitológicas.

—Siempre que miro las estrellas busco el planeta B-612 —murmuró Laura—. Como dijo el Principito: «Me pregunto si las estrellas se iluminan con el fin de que algún día cada uno pueda encontrar la suya».

—¿Y has tenido suerte?

Laura sonrió, relajada.

—A veces.

—¿Por qué le pusiste Mario a tu hijo?

—Era mi novio, y muy buena persona. Siempre pensé que si alguna vez tenía un hijo sería con él.

—¿Te dejó?

—Esa no es la palabra exacta. No quise ver el final. Yo tenía una versión de la vida: la mecedora en el porche, el perro, una bonita boda, el niño... Una versión típica de manual que no iba con la suya. Él quería ser cooperante, dedicarse a los demás.

—Entiendo. El muy cerdo prefería acabar con el hambre en el mundo a estar contigo. No hay color.

3

Paso junto a buscadores de oro. Son rudos, de manos callosas, curtidos por la montaña, alcoholizados. No tienen dientes, o si los tienen están enmarcados en oro. Solo encuentro en la avaricia o la desesperación la razón que explique cómo puede alguien vivir en este lugar. Campesinos analfabetos, sin futuro, que se instalaron con la ilusión de enriquecerse. Ocuparon un pedazo de montaña, y allí construyeron su casa con láminas de zinc, ladrillos y totora.

Sacan el mineral de profundos túneles en las proximidades de su hogar, y luego lo procesan para extraer el oro. La mayoría de ellos no cuentan con los permisos necesarios ni pagan impuestos, venden el codiciado metal a comerciantes informales que, a su vez, lo revenden en los mercados de Juliaca. Yo sé bastante de ello; no en vano mis padres y varios de mis tíos se instalaron en Juliaca aprovechando el comercio del oro.

Dante bajó al infierno guiado por Virgilio. Mientras recorro el pueblo de pasillos estrechos saturados de basura, salpicados de excrementos humanos y animales, anhelo una voz que me ayude a entender cómo es posible vivir así. Pero no hay Virgilio, solamente el poder narcótico de la hoja de coca, sin la que hubiera sido imposible sobrellevar la altura, el mareo y las inmensas ganas de vomitar.

La gente, demasiada para el tamaño de las callejuelas, brinca sobre los obstáculos que encuentra a su paso sin perturbarse por la inmundicia, sin que le afecte ese olor penetrante a orines, a pudrición.

Me veo trasladada a uno de los cuatro círculos del bajo infierno descritos por el poeta italiano. En el octavo círculo, Dante encuentra a los adoradores de oro, uno de los pecados

más graves. Ahora entiendo por qué están en el penúltimo de los nueve círculos que componen el infierno.

La calle central está plagada de clubes nocturnos, karaokes, cantinas de mala muerte y chicherías, donde se prostituyen las chicas. Las miro con temor, sus caras se superponen a la de mi niña. Me tapo la nariz y la boca con la bufanda. No hay cloacas ni recogida de desperdicios. La calle es un gran lodazal.

Camino por la calle Tres de Mayo, la arteria principal. Intento arrimarme a las paredes, el lugar más elevado de la calle, y no caer en el cenagal pestilente. Sorteó pequeñas tiendas, prostibares, cada uno con su propia banda sonora, y establecimientos de compra de oro. Sus letreros dorados con luces de neón destacan grotescamente en el ambiente gris.

Encuentro la oficina del regidor. Está congelada. Solo hay un escritorio y una silla vacía. Hay un hombre sentado con un gorro de lana azul con una franja amarilla. No le veo la cara.

—Perdone... Busco a José.

—A su servicio. —Se quita el gorro con gesto teatral—. ¿Qué desea?

Lleva el cabello corto, limpio, recortado en los costados hasta la parte de atrás, la nuca afeitada bajo la línea natural del cabello.

—Me llamo Rosa María Orellana Lora. Hace dos días, alguien me contactó por internet al reconocer unas fotos de mi hija Ángela María. Aseguró que la había visto en La Rinconada, en la cervecería Banco de Oro.

—Tome asiento, por favor.

No me doy cuenta, hasta que no se la entrego, de que estoy retorciendo la copia impresa del correo electrónico a causa de los nervios.

—Perdone —me excuso mientras trato de plancharlo con las palmas de las manos.

—No se preocupe —contesta el hombre, leyendo con interés.

La barba, aseada y arreglada, le llega hasta la nuez. El bigote, bien recortado, no sobresale de las comisuras de los labios. Me

da la sensación de que pretende dar una imagen de autoridad. Tiene cara de niño.

–Esa persona que contactó con usted, ¿le dio sus datos?

–No.

–¿Podría ver una foto de su hija?

Le muestro una fotografía, la última, tomada poco antes de que desapareciera.

–¿Hablamos de una menor?

Niego con la cabeza.

–En esa foto tenía quince años. En febrero cumplió treinta y uno.

Reparo en el desconcierto que aflora en su rostro.

–Perdone, pero ¿no tiene una foto más actual?

Vuelvo a negar con la cabeza.

–Mi hija se empeñó en trabajar durante las vacaciones de verano. Había visto un anuncio en la estación de autobuses de Puno en el que se solicitaba una chica interna para cuidar niños. No hubo manera de que cambiara de opinión.

–Entiendo. –Asiente con pesar–. Su hija era bien linda.

–Mi hija es bien linda. Hasta que no me entreguen su cadáver, ella sigue presente y viva.

El regidor vuelve a mirar la foto.

–Espere aquí.

Se levanta con rapidez, las patas de la silla producen el chirrido de unas uñas arañando una pizarra. Lleva un abrigo rojo; en el centro de la espalda, un parche con las palabras «bombero voluntario». Encima del parche, así como en las mangas, unas bandas de cinta reflectante amarilla se iluminan cuando traspasa la puerta en penumbra.

El teléfono sonó a primera hora de la tarde. Esa hora en que no se teme su llamada, como si los accidentes, las desgracias, no pudieran suceder en verano después de comer, mientras uno se toma el café o ve la televisión. La alerta del cerebro queda apagada y no vuelve a conectarse hasta que anochece, en una tonta idea de que las malas noticias se toman un descanso.

—Hola, Thomas. Soy Catherine.

Por un momento, Thomas dudó. Su interlocutora aprovechó la pausa para añadir:

—La mujer de George.

La alarma se conectó de manera automática, y Thomas tuvo la certeza de que había sucedido algo.

—¿Qué ha pasado?

—Han secuestrado a George.

A Thomas le pareció que a la frase le faltaba dramatismo. Había sonado demasiado fría como para resultar creíble.

—Hace casi dos meses que se marchó de casa —prosiguió ella—. Se fue con una mujer, por una mujer o tras una mujer.

Era curioso cómo las preposiciones podían cambiar una vida.

—El caso es que no he sabido de él hasta hoy por la mañana.

Thomas abandonó la tarea de apilar leña y se encaminó al interior de la casa, que estaba en silencio. La jauría se había ido al río.

—He recibido una llamada en la que una voz desconocida aseguraba que lo tenían retenido. Que no lo soltarían hasta que no les entregara a una tal Dolores Menchero Santina.

Thomas entró en el salón y apuntó en una hoja.

—¿Quién es?

—No tengo ni idea —contestó la mujer con rapidez.

—¿Es la primera vez que oyes ese nombre?

—Sí.

La línea se quedó en silencio.

—Pensé que tú sabrías algo —dijo ella.

—No.

—Sois amigos.

Su tono era de despecho, como si quisiera comenzar una discusión. Thomas no la dejó proseguir.

—Ni siquiera sabía que se había marchado de casa. Pensé que era feliz esperando la barbacoa de los domingos, tu tarta de manzana, la visita de las chicas en vacaciones... No sé, ese tipo de cosas. Pensé que no tener noticias eran buenas noticias.

—Pintas nuestra vida demasiado anodina.

—No era mi intención.

—¿Así es como la veías?

No, así es como la veía George, pensó Thomas.

Estuvo a punto de añadir una disculpa, alguna excusa —que él no sabía nada de la vida en pareja, que eran imaginaciones suyas...—, pero optó por callar.

Ambos permanecieron un rato en silencio.

—¿Estará con esa tal Dolores? —preguntó Thomas, en un intento de retomar el hilo de la llamada.

—Eso creo.

—¿Qué más te ha dicho?

—Que tengo un plazo de una semana para encontrarla. Hoy es martes. El próximo martes me dirán dónde tengo que entregarla. Si no lo hago, le matarán.

—¿Ha pedido dinero?

—No. Solo la chica.

La preocupación de Thomas crecía por momentos.

—¿Has llamado a la Policía?

—No, no me he atrevido.

—¿Recuerdas algo más?

—Lo que te he contado: que lo tenía retenido y que lo soltaría cuando tuviera a esa mujer.

—¿Ha hablado alguna vez en plural?

—No te entiendo.

—¿Te ha dado la impresión de que actuaba en solitario?

—No. En algunos momentos ha dicho: queremos a la chica.

—¿Tenía acento?

—Sí, latino.

—¿Existe la posibilidad de que sea un secuestro al azar? ¿Uno de esos secuestros exprés? ¿Has intentado ponerte en contacto con George?

Thomas oyó un suspiro.

—No. Pero las niñas hablaron con él, creo que hace un mes. Las llamó a la universidad.

—¿Y qué les dijo?

—Que se tomaba unas vacaciones porque una amiga suya estaba en apuros y él la estaba ayudando, y que no se preocupasen.

—Pero ¿por qué tienes la certeza de que está retenido contra su voluntad?

—Por esto. Mira tu pantalla.

Thomas recibió una fotografía en su móvil. En ella se veía a George, visiblemente más delgado, sujetando un periódico. Amplió la imagen con las yemas de los dedos: su amigo mostraba la portada de un diario llamado *La República*. Según la fecha, era del día anterior.

—Es un periódico de Perú —dijo Catherine al otro lado de la línea.

¿Perú? ¿Qué diablos hacía George allí?, se preguntó Thomas extrañado. Le pareció surrealista.

Movió la imagen con los dedos, buscando detalles que llamaran su atención. Observó la cara de su amigo con temor; estaba mojado o sudado, le pareció que era un sitio caluroso. Con alivio, no apreció señales de violencia.

—Lo primero que quiero que hagas es que denuncies el secuestro en Washington. Después, llama a los superiores de George en la DEA. Toda ayuda es necesaria.

Thomas oyó los sollozos de la mujer.

—Mantén la calma, y escucha con atención: ten desocupados los teléfonos a los que puedan llamar los secuestradores. Prepárate para recibir otra llamada, es muy probable que suceda. No les llesves la contraria, pero tampoco cedas a sus peticiones. Demuestra una actitud cooperativa.

—De acuerdo. —Catherine permaneció unos segundos en silencio—. ¿Me puedes decir una sola razón —dijo de repente, endureciendo la voz— que explique por qué se ha tenido que marchar? Es que no logro entender que haya destrozado una familia por ir tras una puta... Y ahora puede que no solo pierda la cabeza, sino también la vida. Parece el resumen de una de esas películas tantas veces repetidas, una de esas de cincuentones barrigudos con vidas patéticas y mujeres repelentes que se embarcan en aventuras apasionantes.

Thomas no contestó. Desconocía la respuesta.

Catherine colgó después de darle las gracias. Unas gracias descafeinadas, de esas que se dan por cumplir. O quizá ese tono era desgana; tenía un punto tedioso, como cuando el teléfono lo despierta a uno un día de fiesta y contesta con el sopor del sueño en la boca y en la mente. La excusó pensando que tal vez estaba tomando alguna pastilla.

Él, sin embargo, se activó. Llamó a su oficina de Interpol Lyon y programó una reunión para dentro de tres horas. El tiempo justo para llegar en coche a su lugar de trabajo.